

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

UNA NOCHE EN BELEN

El 25 de diciembre era el aniversario del nacimiento de Jesús. Resolvió el Maestro ir la víspera a pasar de incógnito unas horas en Belén, a donde no había vuelto sino dos o tres veces desde su infancia.

Hay próximamente dos leguas desde Jerusalén a la ciudad de David. Jesús tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y se pusieron en camino hacia las tres de la tarde. Llegados que fueron a la tranquila aldea, se dirigió a la cueva en la que había nacido, haciendo larga oración.

—Aquí fué—dijo a sus compañeros—, en esta piedra donde yo nací. Algo más lejos, en aquel pesebre tallado en la roca, me recostaron sobre pajas. Aquí los pastores, advertidos por el cántico de los ángeles, me ofrecieron sus presentes... Aquí mi Madre me rodeó de los más tiernos cuidados... Era entonces joven, débil, delicada... pero, ¡con qué gozo se sacrificaba por mí! Juan, cuando ya no esté entre vosotros—y no tardará esto en suceder—, recíbela en tu casa y protégela... ¿Me lo prometes?

—¡Oh, Maestro!—replicó Juan sumamente emocionado— muy fácil será para mí el hacerlo, pues la amo tanto cuanto la venero... Pero no es posible que nos abandonéis. Aún no habéis realizado las maravillas que habéis de llevar a cabo sobre la tierra; aún no habéis establecido el reino de Israel.

—Hijo mío: mi obra no es la que tú te figuras... Ya me comprenderás más adelante.

Salieron de la cueva; el sol se ocultaba ya en el horizonte.

—Estas casas—continuó Jesús—han presenciado muchos dolores, han oído muchos gritos... Corrió en ellas la sangre a torrentes por causa mía... Niños míos tan queridos! ¡Santos inocentes!

—¿Por qué?—dijo Juan con viveza—, ¿por qué el ángel, en vez de enseñaros el camino del destierro, no hirió a Herodes y sus satélites, como el ángel que exterminó al ejército de Sanaquerib?

—Juan—replicó Jesús sonriendo—, siempre eres el hijo del trueno, el Bo-

nerges. ¿Cuándo serás el hijo de la Paloma? ¿Cuándo adquirirás mi espíritu, que es dulzura y misericordia?

—Pero, Señor—contestó Pedro—, al castigar a Herodes hubierais salvado a los inocentes...

Y los salvé, Pedro. Eternamente serán dichosos y palmas y coronas, más hermosas que las de la tierra, reemplazan en el Cielo los juguetes que dejaron en sus cunas.

En aquel preciso instante los viajeros transitaban por una calle que bajaba... Las mujeres, sentadas a las puertas de sus casas, los miraban pasar... Llevaban el peinado alto, que todavía hoy caracteriza a las mujeres de Belén: una especie de mitra alta adornada de zequines y joyas, y en su parte superior cubierta por un velo blanco que les cae luego por la espalda.

Una de ellas tenía en brazos a su hijo, que lloraba... Jesús se acercó y vió sobre el rostro del pobrecito una horrible llaga. Entonces tocó con la punta del dedo la llaga y ésta desapareció instantáneamente.

Estupefacta y fuera de sí, exclamó la madre:

—¡Extranjero, bendito seas! ¡Gracias, oh, gracias! Pero, ¿quién sois para haber obrado tal milagro? ¿Sois acaso el gran profeta de Galilea que realiza tantos prodigios?

—Mujer, Dios es quien ha tenido compasión de tí. Amale con todo tu corazón y haz que un día le ame este angelito. Y se elejó con sus tres compañeros, dirigiéndose hacia la parte Este. A un cuarto de hora de la ciudad existía una miserable aldeucha habitada por pastores y llamada Bethsusa. Algo más lejos se extendía el campo de Booz.

—Aquí era—dijo el Rabí—donde Ruth, la moabita, venía a recoger las espigas y se casó con Booz, el dueño del campo, abuelo de Jessé, antepasado de David y mío.

—Belen—observó Pedro—, es la casa del pan; Bethsusa, la casa del trigo; el campo de Booz, renombrado por su trigo candeal. Todo habla aquí de pan y de trigo. Este país es un granero.

—Así debía ser—dijo Jesús—, pues aquí germinó el trigo de los escogidos, el pan de vida. Este trigo, este pan, soy yo, es mi carne, conforme ya os lo he dicho. Aquellos que lo coman, no morirán.

El sol acababa de hundir en el horizonte sus postreros rayos. En el valle se oía el campanileo de las esquilas de los ganados.

—Allí fué—exclamó el Maestro—donde los ángeles anunciaron mi nacimiento a los pastores.

De pronto, una voz cascada se dejó oír cerca de ellos... Dicha voz cantaba: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad»

Jesús se estremeció.

En aquel mismo instante se apareció ante ellos un viejo pastor que conducía a sus ovejas. Estaba achacoso y andaba con muletas. Cuando pasó por delante de los cuatro viajeros, Jesús le detuvo.

—Anciano—le dijo—, qué palabras son esas que cantas?

—Señor, hace treinta y tres años nos hallábamos dos de mis camaradas y yo en el campo que allá lejos podeis ver, guardando nuestros rebaños, cuando un ángel deslumbrante de luz se nos apareció y nos dijo: «No temáis: os anuncio una alegre nueva. Esta noche os ha nacido un salvador en la ciudad de David, y es el Mesías, el Señor... Lo conoceréis por estas señales: encontraréis a un niño envuelto en pobres pañales y recostado en un pesebre». Y otros muchos ángeles bajaron del cielo. Llenaban el firmamento a manera de una gran nube dorada y cantaban las palabras que me habéis oído repetir hace un momento. Todas las noches, desde aquella época, es mi dicha el repetir las mientras vuelvo el ganado al aprisco.

—¿Y encontrasteis al Mesías?

—Sí; encontramos un recién nacido en un pesebre y lo adoramos... Pero, llegó un día, día de luto y de lágrimas, en que Herodes mandó degollar a nuestros hijos, con el fin, dijeron, de hacer desaparecer entre ellos al Mesías... Tenía yo un hijo de un año... Ay de mí, pereció en aquella horrible carnicería. La voz del pastor tembló, y una lágrima brilló en sus ojos.

—En cuanto al Mesías, se salvó porque al día siguiente no hallaron ya ni a su padre, ni a su madre. Dicen que advertidos por un ángel, se refugiaron

en Egipto. Pero los habitantes de aquí creen que el famoso Rabí, Jesús, que ha puesto en conmoción a toda la Galilea, es el niño que nació entre ellos, en una cueva; tiene el mismo nombre, dicen que la misma edad... se asegura que su padre se llamaba José, y su madre María, como los padres de nuestro pequeño Mesías. Más... yo no sé si todo esto es verdad... Nunca viene por aquí...

—Todo es verdad; el Rabí de Galilea cumple hoy treinta y tres años; nació la noche de que hablas.

—¡Oh, si fuese él!

—El es—respondió Jesús.

—¡Cómo me alegraría de poder verle y adorarlo!

—Entonces, ¿le perdonas la muerte de tu pequeño Simeón?

—Ciertamente; acaso ¿fue la culpa suya? Pero, extranjero ¿quién os ha dicho que mi pequeño inocente se llamaba Simeón?

—Aquel que me dijo tu nombre, buen Azarías—respondió Jesús sonriéndose—El Mesías no te ha olvidado... Recuerdo que uno de tus compañeros le ofreció un corderito recién nacido; otro, frutas y leche... y tú un par de tórtolas.

—¿Cómo sabéis esto?—exclamó el pastor con emoción... ¡Pues qué! ¿Seréis acaso?...

—Soy el niño de Belén a quien adoraste en su cuna hace hoy treinta y tres años...

El pastor cayó de hinojos, con las manos juntas.

—¡Señor, Jesús—murmuró—, hijo de David, Hijo de Dios, Libertador y Mesías, yo os adoro!

—¡Azarías!, ¡gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

El anciano quiso levantarse, mas aun cuando se ayudaba con su muleta, no acababa de conseguirlo.

—Arroja el bastón—dijo el Rabí—y levántate.

El enfermo se enderezó curado, brillante los ojos de alegría.

—Ve a encontrarte con tu hija Ana y dile que el Rabí de Galilea, hijo de esta ciudad es quien ha curado a tu nietecito apenas hace unas horas.

—¡Pues qué, señor! ¿también habéis curado a mi pequeño Manasés? ¡Oh! yo os...

Ahogado por la emoción y la alegría no pudo seguir.

Una vez más tranquilo, suplicó al Mesías le acompañase y entrase en su casa. Jesús accedió. Toda la familia se congregó alrededor suyo, sin cansarse de contemplarle y de besar sus pies y manos... El pequeñuelo recién curado le reconoció y le echó los brazos; Jesús le cogió, besóle y acaricióle con dulzura, estrechándole contra su corazón.

De pronto, oyóse en la calle a algunos pasos de la casa ruido de voces... Hombres armados como bandidos preguntaban a un transeunte si había visto pasar a cuatro viajeros.

—Sí—replicó temblando el betlemita

—¿Por dónde han pasado?

—Se encaminaron hacia el campo

de Booz y no los he visto volver... Si no los encontraréis allí, será que habrán tomado por un atajo el camino de Hebrón.

—Queridos míos—dijo Jesús—, siempre habrá Herodes en la tierra. Hoy como ayer persiguen al Inocente, al Mesías... Estos hombres son enviados por los príncipes de los sacerdotes para matarme... Dejémoslos pasar. Luego volveremos a Jerusalén.

—¡Oh, Señor; quedaos con nosotros, ya es de noche.

—No, la luna se ha levantado y resultará agradable caminar con esta claridad.

Los asesinos habían desaparecido. Jesús salió con sus compañeros y tomó el camino de la ciudad santa. De vez en cuando, hacia la derecha del lado del desierto de Judá, oían el ladrido del chacal, ladrido extraño que ríe y llora; detrás de los arbustos veían brillar sus ojos ardientes, ojos de fiera hambrienta.

—Éstos—dijo Juan—no nos atacarán. Pero que Dios os guarde, mi amado Maestro, de los chacales que os buscan en el camino de Hebrón.

—Y aun más—añadió Pedro—de los chacales que os acechan en Jerusalén.

—Hijos míos, por ahora nos libramos de sus garras; pues pasado mañana volveremos a Galilea.

—La noche estaba fresca, y en los arbustos los chacales ladraban sin cesar y sus ojos de hambre, sus ojos de fuego, brillaban extrañamente.

MARIA DE ECHARRI

CHARLA

Apurando se hallaba la generala el segundo de los tres pocillos de chocolate con bizcochos de que se componía su cotidiano desayuno, cuando entró en el comedor Carmen la doncella, con un billete que acababan de traer de casa de la señorita Pilar, una hija de la generala, casada con el ingeniero jefe de la Provincia. Urgente debía de ser la cosa cuando Pilar decía a su madre que sin detenerse un instante corriera a su casa. Sobresaltada la generala temiendo una desgracia, pidió el coche inmediatamente, y quince minutos después penetraba en casa de Pilar, la que apenas vió a su madre se arrojó en sus brazos llorando desoladamente y sin poder articular palabra.

—¡Serénate por Dios, hija mía!—decía la generala cada vez más asustada, al ver aquellas muestras de dolor profundo—¡Serénate y dime qué es lo que pasa! ¿Se ha puesto enfermo Ramón? ¿Se ha muerto?

—¡No... no!...—gimió al fin Pilar entre grandes sollozos—¡Es que soy muy... muy... muy desgraciada!

—¿Pero qué es lo que te pasa?

—¡Que Ramón me... me... me engaña!—prorrumpió Pilar echándose a llorar otra vez, con más fuerza.

—¡Eso no puede ser!—replicó la generala serenándose de pronto—¡Tú ves visiones, muchacha! ¡Si tu marido es un pedazo de pan! ¡Que no puede ser, te digo:

vamos, que no puede ser!

—¡Si, señó... señoral! ¡Me enga... me engaña!

—¡Pero hija mía, repórtate por Dios, y no llores de ese modo, que te va a dar hipól! ¡Vamos, serénate un poco y cuéntame lo que ha ocurrido! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡No gana una para disgustos en este pícaro mundo! ¡Vaya, dime lo que ha pasado!

—¡Verá... verá Vd. ¡Hace ya bastante tiempo que Ramón está muy... pensativo; que no come, ni duerme, ni sosiega, ni me habla con cariño como antes. Algunas veces se le pasan días enteros sin dirigirme la palabra, y en dos o tres ocasiones lo he visto en su despacho, por el ojo de la cerradura hablando, sólo...

—¿Y eso qué tiene de particular, mujer? Estará preocupado con sus estudios y proyectos. ¡Tantas veces habla una sin darse cuenta! ¡Ramón es un hombre muy formal y estudioso, y tiene muchas cosas graves en qué pensar; lo da de sí su carrera y el puesto que en ella ocupa; con que, no te apures por eso!...

—¡Sí, señoral! ¡Es un infa... un infame!

—¡Te digo que no! ¡Esas son aprensiones tuyas! ¡Fu marido es incapaz de faltar a sus deberes conyugales, y por eso precisamente consentimos, tu padre que en paz descansa y yo, en que te casaras con él: porque tu eres un poco, es decir, desconfiada y celosa, y comprendimos que entre los muchos pretendientes que tenías, Ramón era el único con quien podías ser feliz!

—Eso creí yo también; pero, desgraciadamente, nos hemos equivocado todos. ¡No son aprensiones mías, mamá! ¡Tengo pruebas!

—¡Muchachal! ¡A ver! ¡Di, di!...

—Verá Vd. Anoche, cuando llegó del campo, se encerró en su despacho, sin hablarme una palabra. Durante la cena estuvo más preocupado que de ordinario, sin contestar acorde a casi nada de lo que le pregunté. Después de cenar se volvió a su despacho, y allí se estuvo, lo menos hasta la una, sentado unas veces delante de su mesa, y paseando otras y hablando sólo, como de costumbre.

—¡Preocupado con sus proyectos de ingeniería, mujer!

—¡Que no, mamá! ¡Eso creía yo también, pero ya no me cabe la menor duda! ¡Lo he oído, lo he oído yo misma! ¡Ay, Dios mío de mi alma, qué desgraciada soy!

—Pero ¿qué es lo que has oído?

—Esta noche... estaba soñando... y lo dije, lo escuché claramente!... ¡Como yo no podía dormir porque la pena me desvelaba, lo oí bien!... Lo dijo dos o tres veces.

—¿Pero qué fue lo que dijo?

—Pues dijo... ¡Ay mamá de mi alma, qué desgraciada soy! Dijo «¡Ah! ¡Qué ojos! ¡Qué ojos tan grandes y tan hermosos! ¡Admirables, admirables ojos!»

—¿Eso dijo?—exclamó la generala, abriendo los suyos asombrada.

—¡Sí, señoral! ¡Dos o tres veces! ¡Y con qué pasión lo dijo! ¡Con qué entusiasmo, mamá; ¡Bien se conocía que aquellos ojos que veía en sueños no eran los míos, porque a mí ni me mira siquiera hace más de un mes! ¡Se refería sin duda a la mujer a quien ama, a la que me roba su cariño!

—Pero ¿quién podrá ser, si desde que

se metió en esas dichosas obras de canalización va todos los días al campo? ¿Sale de noche? ¿Va al casino?

—No, señora, ninguna noche. Apenas llega del campo, se encierra en su despacho. ¿Será alguna aldeana?

—¿Será la hija de la cortijera de Valle-hondo? ¿No dijo si los ojos eran negros o azules?

—No, señor; no dijo sino que eran grandes, y hermosos, y admirables. ¿Lo dijo dos o tres veces!.. ¿Lo oí claramente!

La generala se quedó un momento pensativa, y después exclamó con la voz trémula, por efecto de la rabia contenida:

—¡Vaya, vaya con el ingenierito! ¿Con que esas tenemos! ¡Yo también he notado hace algún tiempo que anda preocupado;

pero, hija, lo atribuía a sus asuntos! ¡Mire Vd.! ¿Quién lo había de decir! ¿Con esa carita tan humilde, que parece que no ha roto un plato en su vida! ¡Y ahora salimos con que está enamorado de otra mujer!

—¡Fíese V., fíese Vd. del agua mansa!

—¡Ay, mamá de mi alma; yo me voy a morir de pe... de pe... de pena! —exclamó Pilar, redoblando su llanto.

La generala estalló al fin. Levantóse furiosa, y pegando tal abanicazo sobre el velador, que rompió tres varillas al abanico, exclamó, ahogándose de coraje y echando fuego por los ojos:

—¡Mira, Pilar! ¡Déjate de llantos, y no me seas necia! ¡Estas cosas no se arreglan con lágrimas ni con morir, sino de otra manera! ¿En dónde está tu marido?

—En su despacho. Pero ¿qué va Vd. a hacer... —exclamó Pilar, viendo que su madre oprimía nerviosamente el botón de un timbre.

—¿Que qué voy a hacer? ¡Arreglar en seguida este asunto! ¡Hacerle que me lo confiese todo y me prometa la enmienda, o de lo contrario te vienes ahora mismo a casa con tu madre! ¡El coche está en la puerta!

—Pero, mamá... así... tan de repente... —exclamó Pilar, viendo que su madre oprimía nerviosamente el botón de un timbre.

—¡Tan de repente! ¡El llanto sobre el difunto! ¡O me promete no mirar más esos ojos, o le saco los suyos!

Pilar, que conocía bien el carácter de su madre; se hechó a temblar. La generala era una mujer de acción: lo mismo era en ella determinar una cosa que hacerla, arrollando todo obstáculo que se le opusiera: era una mujer terrible.

—¡Al señorito, que venga inmediatamente! —dijo a un criado, que se presentó en la puerta del gabinete.

Pilar se encomendó a todos los santos del cielo... Mientras tanto la generala, sin darse cuenta de ello, acababa de hacer trizas el abanico entre sus crispados dedos.

—¡Muy buenos días, mamá! ¿Cómo tan temprano por aquí? —exclamó Ramón un instante después, penetrando en el gabinete, sonriente y gozoso.

—¡Yo no soy mamá de Vd., ni tengo que ver nada con Vd. —replicó furiosa la generala.

—Pero... ¿qué ocurre? —exclamó Ramón sorprendido al fijarse en el encapado rostro de su suegra y en los encendidos ojos de su mujer.

—¿Que qué ocurre? ¡Siéntese Vd. y contésteme inmediatamente a lo que voy a preguntar! ¡Inmediatamente! ¿Entiende Vd.? ¡Sin pensar la respuesta! ¡No preten-

da Vd. engañarme, porque sería peor!

—¡Bien... pregunte Vd. lo que guste!

—¿Quién es esa mujer con quien usted tiene amores?

—¿Que yo... que yo tengo amores con una mujer? —contestó Ramón estupefacto

—¡Si, señor! ¡Usted, usted! ¡Y si no tiene Vd. amores, está Vd. enamorado de ella...; para el caso es igual! ¡Con que diga usted pronto quién es!

—¡Señora... le aseguro a Vd. que no comprendo lo que me dice!...

—¡Pues bien claro se lo he dicho! ¡Que está Vd. enamorado de una mujer, faltando a la fe jurada a su esposa ante los altares!

—¡Señora! —exclamó indignado Ramón, levantándose de un brinco de la silla, mientras Pilar, llena de angustia, dirigía a su madre una mirada suplicante—

—¿Qué razones tiene Vd. para dirigirme esas palabras tan ofensivas?

—Las que Vd. mismo me ha proporcionado. ¡Vd. hace un mes que está preocupado y pensativo: Vd. hace un mes que no come, ni duerme, ni sosiega: Vd. hace un mes que no hace ningún caso de mi pobre hija...

—¡Preocupado con mis asuntos, señoral! ¡Tengo ahora en proyecto una obra difícilísima!

—¡Claro! —replicó con terrible ironía la generala— ¡Y preocupado con sus asuntos,

soñaba Vd. esta noche pasada con unos ojos grandes, y admirables, y hermosos; ¿no es esto?

—¿Que yo... que yo soñaba con unos ojos?... —contestó Ramón cada vez más asombrado, mientras Pilar y la generala clavaban en él una mirada ansiosa, esperando la respuesta — ¡Ah! ¡Tomal! ¡Sí! ¡Ya lo creo! —exclamó al cabo de algunos instantes con suma naturalidad y como recordando de pronto — ¡Grandes, y admirables, y hermosos, y, sobre todo, atrevidos, porque crea Vd. que la posición del terreno lo permitía, pero esta noche en sueños he dado con la clave! Por eso venía tan contento cuando Vd. me llamó... ¿Pero es que ustedes habían creído que esos ojos eran los de una mujer?

—¿Pues de quién, de quien eran?... —

—¡Señora! señora!... ¡Los ojos de un puente!

.....

Pocos instantes después arrancaba de la puerta de Pilar la berlina de la generala, mientras ésta murmuraba confusa y corrida:

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué vergüenza! ¡Cómo se reirá ahora Ramón de mí!... ¡Si lo estaba diciendo que no podía ser. Si Ramón es un bendito. ¡Bien lo dice Calderón: *El mayor monstruo, los celos!* ¡Y esta hija mía es más celosa que una Otela!...

T. N.

INVIERNO



Soneto.

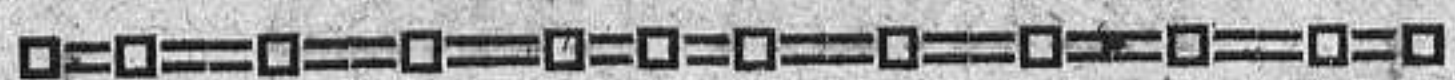
Del invierno la estampa cruda y fría nos recuerda la escena tierna y bella de un pesebre, unos Reyes y una estrella, de una noche feliz toda alegría.

Arde la chimenea noche y día, y dándonos calor su luz destella; la vida familiar sigue la huella de la más dulce y sin igual poesía.

Es el invierno unión que nos conforta; para el hogar es el cantar eterno; de la paz el poema soberano.

Unión, amor y paz sólo reporta, mas, ay, que a la poesía del invierno preferimos la prosa del verano.

Hermenegildo RODRIGUEZ



CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Por toda Palestina se oye un comentario de admiración y de sorpresa. Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. Todos hablan del joven Jesús de Nazaret, cuya palabra es consuelo y alivio y su doctrina es escuchada por el pueblo que le sigue entusiasmado.

Habla con cariño a los humildes, consuela a los afligidos, fustiga duramente a los poderosos que no cumplen su misión protectora con los desválidos, señala el

camino de una perfección moral y de sus labios se escuchan palabras de misericordia y de perdón.

Dios, ha vuelto a visitar a su pueblo, claman por todas partes. Juan, se ha considerado indigno a desatar la sandalia de su pie, y lo que más ha impresionado a las gentes, son los extraordinarios milagros que a su paso va dejando como señal de su poder.

Una nueva doctrina impone a todos normas nuevas de vida.

Estamos de paso en este mundo y lo que importa es la vida después de la muerte.

Las palabras de Jesús de Nazaret, imponen una justicia entre los hombres basada en la caridad y en la hermandad que une a todos en Dios.

.....

Todos nos consideramos católicos. Algunos, tímidamente, se llaman así mismos, cristianos nada más. Sin darse cuenta que ese calificativo les obliga a mucho para con su vida particular y para con los demás hombres. Pero, quienes se consideran católicos, practican los ritos externos de la religión católica, cumplen, aunque sea en su mínima parte, con las normas de la Iglesia Católica; ¿creen en conciencia que sus actos responden a las normas que Jesús de Nazaret, dió a quienes aspiran a salvar sus almas y lograr la vida eterna?

He aquí una pregunta a la conciencia de cada uno, que es inútil eludirla; pues el engaño sólo es para quien pretende engañar a los demás.

Bien están los actos externos de nuestra fe, necesarios muchos de ellos, porque lo manda la Santa Madre Iglesia y sirven de ejemplo a los demás; pero los actos, externos también, de nuestra vida corriente, con nuestra familia, con nuestros compañeros de profesión, con los que dependen

de nosotros, son actos de una trascendencia enorme, en cuanto que sirven de norma para quienes ven en nosotros hombres católicos a juzgar por esos actos externos religiosos que realizamos.

Los católicos han de vivir en católico y sinó el escándalo puede traer graves consecuencias; pues no podemos exigir a los demás, lo que no practicamos.

La doctrina es perfecta, extraordinaria, admirable. Lo reconocen todos; sería desastroso que sus seguidores la practicasen mal, torciendo sus mandatos según su conveniencia o comodidad y dando sensación de que doctrina tan completa en el orden moral no es practicada como debe de ser por quienes deben de dar ejemplo en su cumplimiento.

Jesús de Nazaret, señaló el camino que habíamos de recorrer, duro, áspero, tal vez, pero el único que debe de seguirse para llegar al fin a que estamos todos destinados.

Oigamos, en estos meses, sus palabras y ajustemos a ellas nuestra vida.

El Maestro, camina por los campos de Judea y habla a las multitudes.

Sigámosle.

— «Quien quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame.»

R.

Comentando

Los futuros viejos

La senetud, por furioso imperativo de la vida, siempre está impregnada de molestias debidas al desgaste y de imperfecciones caducas, que hacen que los viejos sean para los jóvenes algo incomprendidos y desconcertantes. No cabe duda que

estas molestias y caducidades se hacen impertinentes a quienes no pueden ver en la persona vieja un cariño o una obligación moral.

Decimos, de ordinario, que los viejos no nos comprenden y se nos hacen inaguantables. Pero no consideramos que nosotros para ellos somos también incomprensibles y fatalmente intolerables. Los tiempos van cambiando año a año, y los hombres caminan con el tiempo. Nuestros padres y abuelos pertenecieron a una época de cortesías y de educación esmerada, en la que la gente suprimía absolutamente todo lo que pudiera molestar al vecino. Nosotros, somos de una edad en la que aún se conserva la educación, pero la cortesía ha desaparecido casi por completo. Por eso los viejos de hoy no nos comprenden a nosotros. Somos de distinta época y no nos podemos entender muy bien. No obstante, como la diferencia es cuestión simple de cortesía y no de educación, ellos, por cortesés, nos toleran, y nosotros por educación, disimulamos nuestro punto de vista para con ellos.

Después de nuestra época, ha venido otra en la que la educación ha sufrido de una manera espantosa. Cuando nosotros seamos del gremio de los ancianos, estoy seguro de que la carencia de educación va a hacer imposible la convivencia de jóvenes y viejos. Nosotros, seguiríamos con nuestra educación disimulando defectos y pareceres; pero no encontraríamos la reciprocidad en los que educados en una educación ineducada (no se tome esto ni por un juego de palabras ni por un reproche) no podrían ofrecernos garantía de comprensión ni de trato.

¿Y qué pasará cuando los pollos peli-cáncanos de hoy sean viejos? Esto pasa en toda la redondez de la tierra, desde

que se trató de implantar la educación de la ineducación. La desfachatez de la juventud de hoy, es presagio de las grandes tormentas que en el mañana próximo va a sufrir el hombre. Gracias a Dios, hay numerosas excepciones en los jóvenes, y, por lo tanto, hay un respetable sector que conoce y practica la educación de la «escuela antigua». Estas han de ser el paliativo, los que sirvan de equilibrio en aquella época venidera. Ellos son la verdadera y única esperanza que nos queda, y los miramos con orgullo, como quien mira a un ser excepcional y raro. Serán nuestro orgullo, pero han de pasar una vejez peor que la nuestra. Porque los jóvenes que tengan que sufrir, serán aún peor que los de hoy.

¿Y los que están fuera de esta minoría educada, cómo han de ser de viejo?

¡Pobres jóvenes que los tengan que sufrir! Esos sí que pueden ser llamados por adelantados mártires y héroes!

Menos mal que ellos han de saber tomarse su revancha.

HERO



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)